



PUERTO HUMAN ●

John Ajvide Lindqvist

AUTOR DEL BESTSELLER INTERNACIONAL DEJAME ENTRAR

Publicada en quince países, ***Puerto humano*** es la novela que, tal y como declara la prestigiosa *Kirkus Review*, ha consagrado a **John Ajvide Lindqvist** como el maestro escandinavo del terror.

Ésta es, sin duda, su novela más original y misteriosa: comienza a finales de verano, cuando llega a la isla de Domarö, un pintoresco archipiélago del mar Báltico, Anders, un joven devastado por la misteriosa desaparición de su pequeña hija Maja dos años atrás. Una mañana de invierno, la niña echó a andar por el mar helado y jamás se la volvió a ver. Esa tragedia acabó con el matrimonio de Anders y le convirtió en un hombre asocial y atormentado por los remordimientos. Él cree que su única posibilidad de redención es volver al lugar donde ocurrió la tragedia y, de la manera que sea, encontrar el hilo que le ayude a traer de nuevo a su hija entre los vivos. Lo que Anders ignora es que la desaparición de Maja sólo es uno de los innumbrables misterios que envuelven a Domarö, un lugar maldito desde la noche de los tiempos.

*A mi padre,
Ingemar Pettersson (1938-1998),
que me dio el mar
y el mar me lo arrebató.*

Bienvenido a la isla de Domarö

Este es un lugar que no podrás encontrar en ninguna carta de navegación, a menos que pongas mucha atención. Se encuentra a algo más de dos millas al este del istmo de Refsnäs, en el sur del archipiélago de Roslagen, en el interior del mismo, alejado de los faros de Söderarm y Tjärven.

Tienes que apartar unas cuantas islas, crear entre ellas superficies de agua despejadas, para distinguir la isla de Domarö. Entonces verás también el faro de Gåvasten y todos los demás puntos de referencia que aparecen a lo largo de este relato.

Que aparecen, sí. Esa es la expresión correcta. Nos vamos a mover en un espacio nuevo para el hombre. Ha permanecido bajo las aguas durante decenas de miles de años. Pero luego emergieron las islas y a ellas llegan los hombres y con los hombres, los relatos.

Así pues, empezamos.

DESTERRADO

Donde rugen las olas y gimen las tormentas.
Donde retumba el rompiente y se arremolina el agua salada,
allí surge del mar esta tierra que es la nuestra.
Heredad que de padres a hijos va.
Lennart Albinsson, *Rådmansö*.

El mar nos lo dio y el mar nos lo quitó

¿Quién vuela hasta allí cubierto de plumas,
quién emerge del espejo oscuro del agua?

Gunnar Ekelöf, *Tjärven*.

El espino amarillo

Hace tres mil años la isla de Domarö solo era una roca grande y plana que sobresalía de la superficie del agua coronada por un bloque de piedra errático que los hielos habían dejado tras de sí. Hacia el este, a una milla náutica, se podía divisar la colina redondeada que posteriormente iba a emerger y recibiría el nombre de Gåvasten. No había nada más. Tendrían que pasar otros mil años más antes de que las islas e islotes circundantes se atrevieran a asomar la coronilla y comenzara la formación del grupo de islas que en la actualidad recibe el nombre de archipiélago de Domarö.

Para entonces el espino amarillo ya había llegado a Domarö.

A los pies del enorme bloque de piedra abandonado por los hielos se había formado una línea de costa. Allí, en los resquicios de la piedra, buscó acomodo el espino amarillo con sus raíces trepadoras y encontró abono en las algas podridas, creció donde no había donde crecer, aferrándose a las piedras. El espino amarillo. El más duro entre los duros.

Y el espino amarillo echó nuevos brotes, se deslizó lentamente desde el borde del agua y creció en altura hasta que un reborde de color verde metálico rodeó a modo de barba las deshabitadas playas de Domarö. Los pájaros picoteaban sus bayas de color amarillo fuego con sabor a naranja amarga y volaban con ellas a otras islas, extendiendo el evangelio del espino amarillo a nuevas playas, y en unos cientos de años el reborde verde apareció por todas partes.

Pero el espino amarillo se estaba cavando su propia tumba.

El sustrato formado por la descomposición de las hojas de espino era más rico que el que podían ofrecer las piedras de la playa. Entonces vio el aliso su oportunidad. Depositó sus semillas entre los restos del espino amarillo y se hizo cada vez más fuerte. El espino no toleraba ni la tierra rica en nitrógeno a que daba lugar el aliso ni la sombra de sus hojas, y se retiró más abajo, cerca del agua.

Al aliso le siguieron otras especies que también exigían un sustrato más rico y entablaron una pelea por la ocupación del territorio. El espino amarillo quedó relegado a la línea de costa que avanzaba muy lentamente, medio metro de elevación en cien años. Pese a que había propiciado la aparición del resto de las especies, el espino amarillo terminó arrinconado y postergado. Así pues, aguanta a orillas del agua esperando su momento.

Bajo las estrechas hojas lanceoladas de color verde plateado esconde sus pinchos. Grandes pinchos.

Dos niños y una piedra grande (julio de 1984)

Iban cogidos de la mano.

Él tenía trece años y ella doce. Si alguien de la pandilla los descubría en ese momento estaban perdidos. Se deslizaron a hurtadillas en el bosque de abetos, atentos a cada

ruido y a cada movimiento como si estuvieran en una misión secreta. La verdad es que en cierto modo lo estaban: se iban a hacer novios, aunque eso ellos aún no lo sabían.

Eran casi las diez de la noche pero el cielo estaba todavía lo bastante claro como para que ambos pudieran ver los brazos y las piernas del otro como pálidos movimientos sobre la alfombra de turba y tierra que aún conservaba el calor del día. No se atrevían a mirarse a la cara. Si lo hacían, tendrían que decir algo, y no había ninguna palabra buena.

Habían decidido que iban a subir hasta la piedra. Al poco de ir caminando por el sendero entre los abetos sus manos se rozaron, uno de ellos cogió la mano del otro y así continuaron. Ahora seguían cogidos de la mano y si decían algo lo sencillo se iba a volver complicado.

Anders sentía su piel como si hubiera estado todo el día bajo un sol abrasador. Ardía y le quemaba por todas partes y sentía vértigo como si tuviera una insolación, tenía miedo de tropezar con alguna raíz y miedo de que le sudara la mano, miedo de que lo que estaba haciendo fuera una *transgresión*, aunque él no comprendiera el motivo.

Había otras parejas en la pandilla. Martin y Malin ahora estaban juntos. Malin había salido antes con Joel. Ellos podían tumbarse y besarse delante de todos, y Martin dijo que Malin y él habían estado metiéndose mano en las casetas de los pescadores. Fuera o no verdad, lo cierto era que ellos podían decir esas cosas, hacer esas cosas.

En parte porque tenían un año más y en parte porque eran los guapos. Chulitos. En tal caso les estaban permitidas un montón de cosas y podían hablar en otro idioma. Tratar de imitarles no era una buena idea, solo hacías el ridículo. Tenías que mirarlos y admirarlos, intentando reírles las gracias en el momento oportuno. No había más que hacer.

Ni Anders ni Cecilia eran unos mindundis. No estaban marginados como Henrik y Björn —Hubba y Bubba, como los llamaban—, pero tampoco formaban parte de la élite

que marcaba las reglas del juego y decidía qué bromas internas eran divertidas.

Que Anders y Cecilia fueran y se cogieran de la mano era sencillamente ridículo. Ellos lo sabían. Anders era bajito y casi escuálido, su pelo castaño era demasiado fino para que pudiera hacerse ningún peinado y no entendía cómo lo hacían Martin y Joel. Él había intentado domar el pelo hacia atrás con gomina, pero se sentía ridículo y se lo había aclarado antes de que alguien lo viera.

Cecilia no era una chica que llamara la atención. Era de aspecto desgarrado y ancha de hombros, aunque delgada; casi nada de cadera y casi nada de pecho. Su cara apenas destacaba entre aquellos hombros tan anchos. Era rubia y llevaba el pelo cortado en media melena. Tenía la nariz sorprendentemente pequeña y llena de pecas. Cuando llevaba el pelo recogido en cola de caballo, a Anders le parecía guapísima. Sus ojos azules siempre parecían un poco tristes, y eso le gustaba a Anders. Parecía como si ella supiera.

Martin y Joel no sabían. Malin y Elin no sabían. Ellos eran perspicaces, decían lo que había que decir y podían llevar sandalias sin hacer el ridículo. Pero no sabían. Ellos solo hacían cosas. Sandra leía libros y era lista, pero no había nada en sus ojos que diera a entender que sabía.

Cecilia sabía, y como Anders podía verlo, esa era la demostración de que él también sabía. Cada uno de ellos sabía que el otro sabía. Anders no podía describir *qué* era lo que sabían, pero era algo. Algo sobre la vida, sobre cómo eran las cosas.

El terreno se volvió más empinado cuando empezaron a subir hacia la piedra, los abetos empezaron a ralear. Dentro de unos minutos se verían obligados a soltarse la mano para poder trepar.

Anders miraba de reojo a Cecilia. Ella llevaba puesta una camiseta de rayas amarillas y blancas con un escote que le dejaba los hombros al descubierto. Era absoluta-

mente increíble que ella hubiera estado cinco minutos unida a él, piel con piel.

Que hubiera sido suya.

Había sido suya ya durante cinco minutos. Pronto iban a soltarse, a separarse, y volverían a ser personas normales. ¿Qué dirían entonces?

Anders agachó la mirada. El suelo empezaba a volverse pedregoso, tenía que mirar dónde ponía los pies. Esperaba que de un momento a otro Cecilia le soltara la mano, pero ella no la soltaba. Llegó a pensar que él apretaba tanto, que ella no *podía* soltarse. Fue una ocurrencia algo embarazosa, por lo que aflojó un poco la mano. Entonces ella se la soltó.

Anders dedicó los dos minutos que le llevó trepar hasta lo alto de la piedra a analizar lo que había pensado: si era cierto que él estaba apretando demasiado fuerte o si, por el contrario, el hecho de que él hubiera aflojado la mano le había hecho creer a ella que él estaba a punto de soltarse y que por eso ella le había soltado antes.

Independientemente de lo que él supiese o no, estaba convencido de que Joel y Martin nunca se planteaban este tipo de problemas. Se secó disimuladamente la mano en los pantalones. La tenía un poco entumecida y sudorosa.

Cuando llegó a lo alto de la piedra tuvo la impresión de que tenía la cabeza más grande de lo normal, le zumbaba la sangre en los oídos y seguro que tenía la cara roja. Se quedó mirándose fijamente el pecho, donde asomaba un fantasmilla en medio de una señal de prohibido. *Ghostbusters*. Era su camiseta favorita, y tenía ya tantos lavados que los bordes del fantasma empezaban a estar algo borrosos.

—¡Qué bonito es!

Cecilia estaba en el borde de la piedra contemplando el mar. Se encontraban por encima de las copas de los abetos. Abajo, a lo lejos, se veía el pueblo turístico en el que vivían casi todos sus amigos. Fuera, en el mar, avanzaba lentamente un transbordador finlandés, un haz de luz sobre

el agua. Más lejos y más al este había otros archipiélagos que Anders no sabía cómo se llamaban.

Él se puso a su lado, tan cerca como fue capaz, y dijo:

—Sí, seguro que es lo más bonito que hay. —Y se arrepintió nada más decirlo. Decir una cosa así era una estupidez e intentó suavizarlo un poco añadiendo—: Si uno piensa así. —Pero aquello también sonaba mal y se alejó de ella siguiendo el borde de la piedra.

Cuando acabó de dar la vuelta a la piedra, unos treinta metros, y se acercaba de nuevo a Cecilia, ella dijo:

—Es raro lo de esta piedra, ¿no?

A eso sí que podía decir algo:

—Es un bloque errático. Al menos eso es lo que dice mi padre.

—Y ¿eso qué es?

Anders dirigió la vista al mar y la fijó en el faro de Gåvasten tratando de recordar cómo se lo había explicado su padre. Hizo un movimiento envolvente con la mano. El casco antiguo, la casa de la misión, la campana de avisos junto a la tienda del pueblo.

—Pues... cuando había hielos. Que cubrían todo esto. La glaciación. Entonces el hielo arrastraba las piedras. Y cuando llegó el deshielo estas piedras quedaron esparcidas por todas partes.

—¿Dónde estaban... al principio?

Eso también se lo había contado su padre, pero ya no se acordaba. ¿De dónde podían venir? Se encogió de hombros.

—Pues vendrán del norte. De las montañas. De las partes altas de las montañas. Allí hay... muchas piedras.

Cecilia observaba el borde del bloque de piedra. La cara superior era casi lisa, y seguro que tenía diez metros de altura. Ella dijo:

—Pues tuvo que haber mucho hielo.

Ahí fue cuando Anders recordó los datos. Hizo un gesto con la mano hacia el cielo.

—Un kilómetro. De grosor.

Cecilia arrugó la nariz y eso a Anders le llegó al alma.

—¡Nooo! —exclamó ella—. ¿Lo dices de broma?

—Eso es lo que dice mi padre.

—¿Un *kilómetro*?

—Sí, y que... bueno, ya sabes, que las islas y todo, pues que todo sigue, como si dijéramos, saliendo del mar, un poco cada año.

Cecilia asintió.

—Pasa eso porque los hielos pesaban tanto que presionaban todo hacia abajo, como si dijéramos, y aún se está... levantando. Poco a poco.

Ya había cogido carrerilla. Lo recordaba. Y como Cecilia seguía mirándole con interés, continuó. Apuntó hacia Gåvasten.

—Hace aproximadamente dos mil años aquí solo había agua. Lo único que asomaba era ese faro. Bueno, la roca sobre la que se asienta el faro. Entonces no había ningún faro, claro. Y esta piedra. Entonces todo lo demás estaba por debajo del agua.

Se quedó mirándose los pies y dio una patada al ligero manto de musgo y líquen que crecía sobre la piedra. Cuando alzó la mirada, Cecilia estaba contemplando el mar, la península, Domarö, y llevándose la mano a uno de los hombros, como si se hubiera asustado, exclamó:

—¿Es verdad eso?

—Eso creo.

Algo cambió en la cabeza de Anders. Empezó a ver las mismas cosas que ella. Cuando estuvo aquí arriba con su padre el verano pasado, las palabras solo habían entrado en su cabeza como meros datos, y aunque le pareció que era interesante, lo cierto era que no había *pensado* realmente en ello. No se lo había imaginado.

Ahora lo veía. Lo *nuevo* que era todo. Solo llevaba allí un espacio de tiempo muy corto. Su isla, el terreno sobre el que se asentaban sus casas, incluso las viejísimas casetas

del puerto pesquero hechas de troncos de madera colocados uno encima de otro no eran más que piezas de lego encima de la roca madre. Sintió un vacío en la boca del estómago, como una especie de vahído, de vértigo ante el abismo del tiempo. Se colocó los brazos alrededor del cuerpo y se sintió de pronto completamente solo en el mundo. Buscó con la mirada el horizonte y no halló ningún consuelo. Era mudo e infinito.

Entonces escuchó un sonido a su izquierda. Una respiración. Giró la cabeza en esa dirección y se encontró con la cara de Cecilia a solo dos palmos de la suya. Ella le miró a los ojos. Y suspiró. Sus bocas estaban tan cerca que él podía sentir el aliento de ella como un cálido ventilador sobre sus labios, y el olor a chicle Juicy Fruit en la nariz.

Después no lo pudo comprender, pero eso era lo que había pasado: él no dudó. Se había inclinado sobre ella y la había besado sin pararse a pensarlo. Lo había hecho, sin más.

Cecilia tenía los labios tensos y un poco rígidos. Con la misma decisión incomprensible él introdujo su lengua entre ellos. La lengua de ella salió a su encuentro. Era cálida y suave y él la lamió. Fue una experiencia totalmente nueva: lamer otra lengua. No pensó exactamente eso, pero algo parecido, y entonces todo se volvió raro y confuso y ya no sabía cómo actuar.

Le lamió un poco más la lengua y una parte de él disfrutó y pensó que aquello era estupendo, mientras que la otra parte dudaba: «¿Es esto lo que se hace? ¿Hay que seguir así?». Eso no podía ser, y supuso que desde ahí se pasaba a lo de meterse mano. Pero, aunque su pito se estaba poniendo tieso al deslizar su lengua por encima de la de ella, no había ninguna posibilidad, *ni hablar*, cómo iba él a empezar... a tocarla de esa manera. Ni hablar. No podía, no sabía y... no, además, tampoco *quería*.

Ocupado en tales pensamientos había dejado de mover la lengua sin darse cuenta. Ahora era ella quien le lamía a él

la lengua. Él se dejó hacer agradecido, el placer aumentó un tanto, las dudas desaparecieron. Cuando ella retiró la lengua y le dio un beso normal antes de que se separaran sus mejillas, él constató que *había ido bien*.

Era la primera vez que besaba a una chica y había salido bien. Tenía la cara ardiendo y las piernas flojas, pero había salido bien. La miró de reojo y tuvo la impresión de que ella pensaba lo mismo. Al ver que ella sonrió un poco, él sonrió también. Cuando ella lo vio se rio aún más.

Durante un segundo los dos se miraron fijamente a los ojos sonriendo. Después fue demasiado y los dos volvieron a mirar de nuevo hacia el mar. A Anders ya no le parecía tan terrible, no entendía cómo había podido pensar una cosa así.

Seguro que es lo más bonito que hay.

Eso era lo que ella había dicho. Ahora era verdad.

Bajaron. Cuando cruzaron la zona más pedregosa se cogieron otra vez de la mano. Anders quería gritar, saltar y romper ramas secas contra los troncos, tenía que soltarlo.

La llevaba cogida de la mano y por dentro sentía una explosión de alegría tan grande que no le cabía en el pecho.

Estamos juntos. Cecilia y yo. Ahora estamos juntos.

Gävasten (febrero de 2004)

—¡Qué día! ¡Es increíble!

Cecilia y Anders estaban junto a la ventana del cuarto de estar contemplando la bahía. El hielo estaba cubierto por un manto de nieve intacta y el sol brillaba en un cielo totalmente despejado, borrando los contornos de la bahía, el muelle y la playa como en una fotografía con demasiada luz.

—¡Quiero verlo! ¡Quiero verlo!

Maja venía corriendo desde la cocina y a Anders solo le dio tiempo a abrir la boca para advertirle por enésima vez de que fuera con cuidado. Después a Maja se le resbalaron los calcetines de lana en el suelo pulido y cayó de espaldas a los pies de Anders.

Instintivamente él se agachó para consolarla, pero Maja se giró con rapidez hacia el otro lado y se echó medio metro más atrás. Los ojos se le llenaron de lágrimas y gritó:

—¡Malditos calcetines! —Y se quitó los calcetines y los tiró contra la pared. Después se levantó y volvió corriendo a la cocina.

Anders y Cecilia se miraron y lanzaron un suspiro. Oían a Maja rebuscando en los cajones de la cocina.

¿Quién de los dos?

Cecilia le hizo un guiño y se dispuso a ir a la cocina antes de que Maja vaciara el contenido de los cajones o rompiera algo. Ella fue a la cocina y Anders se volvió para contemplar de nuevo aquel día tan radiante.

—¡No, Maja! ¡Para!

Maja salía corriendo de la cocina con unas tijeras en la mano. Cecilia iba tras ella. Antes de que ninguno de los dos hubiera conseguido detenerla, Maja ya había cogido un calcetín y había empezado a cortarlo.

Anders le sujetó las manos y consiguió que la niña soltara las tijeras. Maja se revolvía de rabia y daba patadas al calcetín.

—¡Te odio! ¡Calcetín tonto!

Anders la abrazó envolviendo con los suyos los agitados brazos de la pequeña.

—Maja, eso no sirve de nada. Los calcetines no entienden.

Maja era un bulto inquieto en sus brazos.

—¡Los odio!

—Vale, pero no por eso tienes que...

—¡Pienso romperlos y quemarlos!

—Vamos, cariño. Vamos...